

M.E.C. – UN TEJIDO DE AUTÉNTICAS “COMUNIDADES CARMELITANAS” EN EL MUNDO¹

PADRE ANTONIO MARIA SICARI
Gussago (Bs) – 18 de junio de 2011

I. LA CUESTIÓN

A lo largo de la historia de la Iglesia ha estado presente siempre, si bien bajo formas diversas, el fenómeno de los *Movimientos Eclesiales*. Estos movimientos surgen todos alrededor de un carisma, don del Espíritu Santo cuya autenticidad tiene que ser reconocida por la Iglesia. El carisma es un *don de gracia* con el que el Espíritu suscita en algunos fieles un amor *especial* por Cristo, una suerte de enamoramiento de Su persona según un aspecto particular de su Misterio: la pobreza, la obediencia, la actividad misericordiosa o evangelizadora, la contemplación, la ofrenda eucarística, etc.). Partiendo de este enamoramiento se hace posible, por la acción del Espíritu, que el carismático pueda ofrecer a sus amigos y discípulos una «*patria espiritual*» en la cual todos ellos puedan disfrutar de la comunión fraternal y recibir una formación *pedagógicamente persuasiva y eficaz*, útil para su propia santificación y dirigida a la edificación de la Iglesia y a la evangelización del mundo.

En el pasado, los Movimientos Eclesiales se orientaban preferentemente hacia la forma de vida consagrada, dando origen a órdenes e institutos religiosos e implicando a los fieles laicos en algunas experiencias de formación espiritual y de colaboración apostólica. En nuestra época hemos venido asistiendo a una «nueva era de agregación de los fieles laicos» que ha abierto el paso al nacimiento de los llamados *nuevos Movimientos y Comunidades Eclesiales* reconocidos por la Iglesia, con gran predominio de laicos.

Entre ellos, el *MOVIMIENTO ECLESIAL CARMELITANO* (nacido en junio de 1993 y reconocido por la Iglesia en julio de 2003) se distingue por una característica sumamente atractiva: la de estar fundado en un antiguo carisma que cuenta con más de ochocientos años de historia, con un patrimonio riquísimo de santidad y de doctrina. El Movimiento se da por objetivo el releer y experimentar dicho carisma en una *patria espiritual* que esté habitada conjuntamente por *consagrados* y por *laicos*, en el respeto de las vocaciones y de los estados de vida de cada uno.

II. EL CARISMA CARMELITANO

El carisma *carmelitano* consiste en aprender y gozar de una «*oración continua*», teresianamente identificada con la propia vida, que tiende a la más profunda intimidad con Dios. Se trata de *bajar* lo más en profundidad posible dentro del corazón del Misterio cristiano hasta dejarse absorber por él, disponiéndose a una continua *atención amorosa* a la Santísima Trinidad presente en lo íntimo de la persona, de las relaciones, de los acontecimientos y de las cosas. Por lo tanto, es un carisma que conduce al cristiano a vivir y a disfrutar de una *intimidad* habitual con la persona misma de Jesús y de su Santísima Madre. Se trata pues de saber hacer *relación con Dios* todo aquello que es adhesión a las normas del vivir (sea cual sea la norma de que se trate), de saber convertir siempre en *relación con Cristo* cualquier tarea que se tenga que realizar. En una palabra, se trata de interrogarse siempre sobre el *amor personal a Cristo* contenido hasta en los gestos más pequeños, hasta llegar a vivir una

¹ En estas páginas se recoge la segunda parte del libro *Antichi carismi nella Chiesa. Per una nuova collocazione* (Jaca book, Milán 2002).

normal atención *mística*.

En definitiva la oración, entendida como *vida de oración* y a la vez como *actos de oración*, es un *camino* a lo largo del cual la criatura aprende a moverse con cada vez mayor agilidad hacia Dios, aprendiendo a escucharle y a hablarle con ternura de forma cada vez más *ininterrumpida*. Sin embargo es preciso, para emprender este camino, aferrarse a algunas verdades que han de albergar en todo momento en nuestras mentes y nuestros corazones.

Helas aquí:

- Dios ama a cada una de sus criaturas como si fuese única en el mundo y quiere mantener con cada una de ellas una relación de amor privilegiada. «*Si el hombre busca a Dios, mucho más busca Dios al hombre*», enseña San Juan de la Cruz (*Llama*, 3,28). No existe verdadera oración cristiana sin una conciencia profunda de este «primado de Dios» en el amor, que se traduce en nuestra conciencia como un *saber que se es amado*.
- Dios no es exterior al hombre sino que lo habita, no solo con su potencia creadora y con su gracia, sino también *personalmente*, trinitariamente. Por lo tanto, el hombre ha de buscar a Dios ante todo *dentro de sí*. Ahora bien, Él no es un producto de nuestra intimidad: si es cierto que en la oración, el hombre tiene que «con-centrarse», también tiene que «des-centrarse», es decir que debe entrar en sí, pero para buscar a Otro y estar amorosamente en su Presencia.
- Es útil que la oración disponga de *momentos y espacios* específicos, pero también puede darse siempre y en todo lugar: «Recia cosa sería que solo en los rincones se pudiese traer oración. ¡Cuánto más que el verdadero amante en toda parte ama y siempre se acuerda del amado!» (*Fundaciones*, 5,16).
- Todas las experiencias de amor que tenemos en la tierra y las relaciones que hemos conocido y disfrutado son útiles a fin de aprender las actitudes que debemos adoptar para con Dios y la manera en que debemos pensarle: «Rezar es tratar con Dios como con padre y como con hermano y como con señor y como con esposo» (*Camino de Perfección*, 28,3).
- Como fórmula sintética para expresar estas verdades, el MEC quiere apropiarse del texto más bello y cargado de significado del Magisterio sobre antropología cristiana, en el que la «unión íntima y vital del hombre con Dios» así se describe: «La razón más alta de la dignidad humana consiste en la vocación del hombre a la unión con Dios. Desde su mismo nacimiento, el hombre es invitado al diálogo con Dios. Existe pura y simplemente por el amor de Dios, que lo creó, y por el amor de Dios, que lo conserva. Y solo se puede decir que vive en la plenitud de la verdad cuando reconoce libremente ese amor y se confía por entero a su Creador» (*Gaudium et Spes*, n. 19).

Finalidad de todo tiene que ser la participación cada vez más intensa a la vida íntima de Dios (*vida teologal*), que se consigue dejando que la vida trinitaria se vaya difundiendo en todos los pensamientos y acciones del hombre. Aprender a pensar como piensa Jesús (= *Fe*), desear como Él desea (= *Esperanza*), amar como Él ama (= *Caridad*).

III - TRADUCCIÓN LAICAL DEL CARISMA CARMELITANO

¿Qué le puede *donar* el carisma carmelitano a un fiel laico cuyo contexto de vida son los amplios espacios del mundo, las preocupaciones más comunes y cotidianas, las relaciones sociales más inevitables e inmediatas?²

² Todos los comentarios que vienen a continuación se refieren a la experiencia de los «fieles laicos», casados o no, del *Movimiento Eclesial Carmelitano*, cuya vocación les ubica en el mundo en cuanto laicos. Diferente es la experiencia de quienes, dentro del mismo Movimiento, eligen libremente «consagrarse a Dios en la virginidad», aún permaneciendo en el mundo. Su *Regla de Vida*, específicamente preparada para ellos, se propone como ideal el vivir la experiencia del «*El Carmelo en el corazón del mundo*».

Le ofrece precisamente una *patria espiritual*, hecha también de lugares concretos y de amistades concretas, en la cual aprender una *cultivación* especial de lo humano: una pedagogía específica, una actitud exterior e interior según la cual vivir intensamente, como buen cristiano, las mismas tareas que todos los demás hombres implicados en las realidades terrenales.

Dos son los ámbitos primarios que caracterizan la vocación laical: la familia y el trabajo.

Intentaremos por lo tanto pasar en revista una serie de tareas propiamente *laicales*, preguntándonos cuál es esa aportación carismática que puede conducirle a una *normal atención mística*.

No hay que asustarse ante esta palabra como si fuera demasiado alta o difícil, o si estuviera reservada solo a los mejores. Ésta es la enseñanza del *Catecismo de la Iglesia Católica*: «El progreso espiritual tiene a la unión cada vez más íntima con Cristo. Esta unión se llama “mística”, porque participa del misterio de Cristo mediante los sacramentos – “los santos misterios” – y, en Él, del misterio de la Santísima Trinidad. Dios *nos llama a todos* a esta unión íntima con Él, aunque las gracias especiales o los signos extraordinarios de esta vida mística sean concedidos solamente a algunos para manifestar así el *don gratuito hecho a todos*» (n. 2014).

Intentemos, pues, describir en qué consiste esta peculiar *atención mística*.

LA MÍSTICA DE LA PERSONA («una en alma y cuerpo») es la primera *atención* que debemos aprender, y tiene su inicio precisamente en el cuidado del cuerpo humano. Si el mundo tiene que ser el ámbito y el medio de la vocación cristiana de los fieles laicos, entonces su propio cuerpo es la primera expresión concreta de esta ubicación vocacional. Esto es algo que merece destacarse en esta sociedad que reserva al cuerpo una mezcla inextricable de atenciones exasperadas y de profanaciones humillantes, así como una alternancia de caricias y violencias. Desde este punto de vista, el carisma carmelitano posee una *cultura* privilegiada: baste recordar que su icono favorito es el del cuerpo de María, ¡habitado por el propio Hijo de Dios! Es preciso aprender a tratar el cuerpo, el propio y el de los demás, en todos los ámbitos en que se ve implicado, como «*templo santo y puro de Dios*», como *cuerpo habitado* por el Misterio que se hace carne en todos y cada uno de nosotros, como materia hecha *para el Señor*. No propugnamos que se piense o se viva el cuerpo como algo separado del alma; al contrario, se trata de acoger todo el esplendor de aquella unicidad indisoluble que hace del cuerpo el templo del alma y de la comunión con Dios. En la cultura carmelitana se encuentra profundamente radicada una visión estética del cuerpo – en el sentido más teológico del término – en la que incluso la ascesis se enseña con *dulzura* y los miembros del cuerpo, transfigurados, ofrecen simbolismos de amor. A partir de este peculiar cuidado teológico del cuerpo, se adquiere una clara consciencia de «*la gran hermosura de un alma y la gran capacidad*»³ (un alma que también necesita ser cultivada, es decir defendida y alimentada) a la que el cuerpo está destinado, con el fin de realizar la *unidad y unicidad* del ser humano, que está llamado en su totalidad a la comunión con Dios. En lo referente a la guarda de nuestras almas, la pedagogía carmelitana no deja de subrayar esta verdad, recordada por San Juan de la Cruz, que reviste una importancia extrema para la construcción de una verdadera *personalidad mística*: «Si tú en tu amor, ¡oh buen Jesús! no suavizas el alma, siempre perseverará en su natural dureza» (*Dichos*, n. 31). Por último una personalidad carmelitana, aún laicamente inmersa en el mundo, deberá albergar cierta sobria nostalgia hacia el *eremitismo* que caracteriza el carisma originario. La búsqueda de «lugares y momentos de soledad» – cuando sea posible – servirá para volver a saborear el sentido de aquella *soledad originaria* (virginal) en la cual la criatura siente que está hecha para Dios solo, y aprende a orientarse solo hacia Él.

A **nivel pedagógico**, esta mística de la persona humana exige una serie de actitudes precisas por parte de cada uno:

³ *Castillo interior*, 1,1,1.

- cultivar un verdadero apego a la Eucaristía (santa comunión, adoración), que se frecuentará lo más a menudo posible;
- trabajar seriamente por su propia conversión, manteniéndole humildemente fiel al sacramento de la confesión según una periodicidad establecida de acuerdo con el confesor;
- dedicar cada día un cierto tiempo (mejor si fijado previamente) a la oración personal, interior, y tomar la costumbre de «hablar con Dios» en lugar de «hablar solo» (para ser un «yo orante» basta con anteponer la palabra: «Señor...»);
- ocuparse con diligencia de su propia formación, dedicando tiempo al trabajo personal sobre los temas de la Escuela de Cristianismo propuesta a todos;
- cultivar su propio deseo de santidad, emprendiendo personalmente la lectura de los «Retratos de Santos», y no tener miedo de cultivar siempre «grandes deseos»;
- evaluar el camino que se lleva andado hacia Dios en función del grado de asimilación y de experiencia de los consejos evangélicos: deseando cada vez más tener a Dios como única riqueza, ser capaz de amarle a Él dentro de cualquier otro amor y custodiar su palabra como el bien más precioso;
- sentirse responsable del Evangelio frente al mundo;
- exigirse siempre a uno mismo, cumplir con el servicio que se ha comprometido uno a dar;
- prestar atención a la dignidad de los comportamientos y de los instrumentos que se utilizan (medios de comunicación, etc.);
- adherir con seriedad a las citas que puntúan la vida del Movimiento;
- entre todos los bienes posibles, preferir siempre a la persona y su dignidad, partiendo del hecho que la persona, propia y ajena, nunca debe usarse como un medio.

LA MÍSTICA DE LA COMUNIÓN CONYUGAL Y/O FAMILIAR

Traducir laicalmente el carisma carmelitano significa permitir que actúe, ante todo, en la edificación de esa «pequeña Iglesia doméstica» por medio de la cual la gran Iglesia se encuentra y se enfrenta cada día con el mundo. Es un hecho que en nuestra época, la familia se ha convertido en «La cuestión» entre el mundo y la Iglesia: es el lugar en el que el misterio de Dios y el del hombre sufren agresiones por parte de los no-creyentes teóricos y prácticos: el Creador y la criatura, el Donador y el don, se ven renegados en una violenta manipulación de los «datos» y de los significados fundamentales de la naturaleza humana. La preocupación de la Iglesia por la familia y el ingente esfuerzo de evangelización (de la vida, de la sexualidad, del matrimonio, de la educación) que está llevando a cabo, no son un simple «capítulo de la moral cristiana, entre otros» que forman parte de su predicación: han pasado a ser hitos irrenunciables para la salvaguarda última de lo humano.

Por lo tanto, la primera tarea consiste en *cuidar de la comunión esponsal* entre los esposos, en cuerpo y en alma, de tal manera que la unidad conyugal se convierta en el sacramento que ya es, medio sagrado de comunicación recíproca de la gracia de Dios, lugar en el cual percibirse como «únicos en el mundo» (elegidos con preferencialidad): lugar en el que los esposos se saben unidos al Amor y por el Amor *indisolublemente*, lugar de la *fidelidad*, con la fuerza que da la certeza de todo perdón. En este caso, el carisma carmelitano pide que, desde el principio del noviazgo, se viva el proyecto sacramental con una consciencia aguda de lo exigentes que llegan a ser los *celos de Dios*, que ha querido asimilar cualquier matrimonio en su Alianza. A los esposos cristianos se les pide - y se les da - la consciencia de que a través de su amor, Dios sigue tocando la historia humana con una amorosa «familiaridad». En la mística carmelitana, el *símbolo del matrimonio* con su poesía, sus ansias, sus cotidianas fatigas, sus experiencias gloriosas y dolorosas, siempre se ha visto colocado en el corazón y en la cumbre de la experiencia mística. ¿Cómo no amar el intento de poner en este corazón y en esta cumbre no solo un símbolo sino *el auténtico matrimonio*, que ya es signo sacramental y ya posee aperturas infinitas? El carisma carmelitano les pide insistentemente a los fieles casados que

*experimenten todas las potencialidades que encierra el sacramento del Matrimonio hasta llegar a tocar por una vía diferente, si Dios quiere, esa experiencia altísima que los místicos carmelitanos han descrito como «noviazgo y matrimonio espiritual». No cuesta imaginar qué gran don podrá ser para la Iglesia el día en que el símbolo del «matrimonio espiritual» lo utilicen no solo vírgenes deseosas de describir su unión individual con Cristo, sino también aquellos que llegan a esta unión *juntos*, viviendo en su plenitud el sacramento conyugal.*

El «sacramento» tiende a hacer de los dos esposos «un solo ser» unido indisolublemente: también esta «unidad esponsal de los dos» puede estar *esponsalmente* (eclesialmente) ante Cristo. Existe un nivel de unidad esponsal en el que esta unidad vuelve a colocar a los dos esposos en el ámbito de la virginidad: están juntos los dos ante el amor de Cristo, como un único ser virgen que anhela unirse a Él. Esto no significa dibujar «matrimonios ideales» en los cuales el acuerdo exista sin sombras y sin esfuerzo. De hecho, precisamente los místicos que han descrito la cumbre del «matrimonio espiritual» de la criatura con su Dios, también han narrado que se llega a él atravesando «*noches oscuras*» y momentos de sufrimiento y de pasión indecibles. Explorar todas las «*posibilidades místicas*» que encierra el misterio del sacramento conyugal, no significa en ningún caso emprender caminos ideales y elevados; más bien se trataría de bajar hasta el lugar en que los esposos experimentan la *Cruz*, necesaria para su *Resurrección*.

A **nivel pedagógico**, esta mística de la esponsalidad exige una serie de actitudes precisas:

- *cuidar de la «oración conyugal» con el objeto de entregarse juntos a Dios y/o para entregar una y otra vez al cónyuge a Dios;*
- *ayudarse recíprocamente a percibir cómo Cristo está personalmente implicado en las relaciones conyugales, partiendo de la más elemental y recíproca cortesía;*
- *educarse insistentemente a considerar sustanciales («trinitarias») sobre todo las relaciones con el cónyuge («yo soy el amor para ti»);*
- *los esposos deben respetarse siempre el uno al otro («prometo respetarte siempre»...), sobre todo mediante el reconocimiento de la importancia primordial de la ternura, el perdón y el dominio de la propia afectividad;*
- *colaborar juntos para hacer de la casa un lugar tan bello como una Iglesia, y de la Iglesia un lugar tan familiar como una casa;*
- *vivir las celebraciones litúrgicas en comunión conyugal, guardando con atención los tiempos de la «fiesta cristiana»;*
- *hacer de la amistad conyugal un paradigma de cualquier otra amistad, y no hacer de las amistadas una coartada o una evasión para salir de la amistad conyugal;*
- *ampliar su familia a una «familia de familias», pero manteniendo para su propia familia su especificidad paradigmática de acogida;*
- *dentro de lo posible, no poner nunca obstáculos ni objeciones ante el deseo del cónyuge de adherir a la vida de la comunidad;*
- *vivir los dramas, las penas y las inevitables decepciones de la convivencia conyugal no como un fracaso, sino como educación de cada uno a su propia virginidad personal;*
- *aprender a corregirse el uno al otro por caridad y no por instinto.*

“**LA MÍSTICA DE LA PATERNIDAD-MATERNIDAD.** El sacramento del matrimonio se dilata a medida que los dos se convierten en *una sola carne*, confluyendo por así decirlo en la carne de los hijos generados por ellos, sobre todo cuando, a través del sacramento del Bautismo que piden para sus hijos, les reconocen como «hijos de Dios» en Cristo.

Por lo tanto, serán posibles y necesarias:

- *la mística de la feminidad y de la masculinidad*, que ambos esposos tendrán que experimentar no solo revistiendo de sabor trinitario su atracción personal recíproca (como ya

hemos dicho), sino también en la orientación común hacia *la mística de la fecundidad*. No la fecundidad como problema, como avara administración de la vida, sino como experiencia de máxima colaboración prestada al Creador en el contexto de una común *generosidad* (en el sentido de «*generar*»). Todos tenemos delante de los ojos hasta qué punto, hoy en día, esta experiencia es agredida y humillada, cuán tímidos y calculadores se vuelven los fieles que Dios llama a la paternidad/maternidad: el mundo tiende a limitarla cada vez más al ámbito de la *autosatisfacción de la pareja* (y de su «derecho»), o al del «problema» o incluso de la «enfermedad». Ante esta situación, el *anuncio místico* es el único que todavía puede derribar las resistencias y hacer renacer una santa nostalgia del designio sagrado de Dios. El fiel laico tiene que dejarse sumergir en la cultura del *don* y de la *generosidad*, en la cultura del *inmenso valor* de cada criatura humana, en la experiencia de la participación de la criatura a la actividad del Creador. Es preciso valorizar la *mística de toda fecundidad*, es decir no solo la de los padres que generan a sus hijos, sino también, por así decirlo, la de los hijos que invocan a unos padres (en la experiencia de la adopción y del prohijamiento).

- *la mística del embarazo y del parto*. La mujer embarazada está llamada a experimentar «*aquella unidad que es prototipo de toda unidad en el mundo*» (von Balthasar). Al dar a luz a su hijo, la mujer realiza también el prototipo de todas las relaciones intrahumanas (que tienen que servir todas a *generar al otro*, de lo contrario son *abortivas*). Esta «mística» tampoco excluye el sufrimiento - que ya está íntimamente vinculado al embarazo y al parto (y en lo sucesivo con todo el esfuerzo que requieren el cuidar y el «hacer crecer» la vida generada); por el contrario, lo asume conscientemente, sabiendo que el dolor que lleva consigo el nacimiento es el único capaz de desvelar el significado de cualquier otra aflicción más oscura. El propio Jesús comparó la experiencia, primero dolorosa y luego gozosa, de la mujer parturienta con la experiencia de quienes viven Su misterio de muerte y resurrección. No existe en la naturaleza ninguna otra experiencia humana tan cercana del misterio pascual como la del parto; es una experiencia que la mujer puede vivir injertándose místicamente en el misterio de la muerte y la resurrección de Jesús.

A nivel pedagógico, la mística de la paternidad-maternidad exige:

- *que los esposos se ayuden a percibir y a disfrutar el don que está presente en estas experiencias fundamentales (cuando el hombre se hace instrumento de Dios para regalarle a su esposa la maternidad, y la mujer se hace instrumento de Dios para regalarle a su marido la paternidad);*
- *que se ayuden a ver en los hijos el significado propio y primario (el «transitivo» y no «narcisista») de sus propias masculinidad y feminidad;*
- *que los esposos, convertidos en «padre y madre», perciban y vivan en la fe la vivencia histórica y existencial que les ha colocado al lado de Dios Padre, fuente misericordiosa del ser y de todos los dones;*
- *que los esposos aprendan a ser y a sentirse colaboradores en la historia de la paternidad celestial de Dios;*
- *que los esposos (sobre todo la madre) vivan como una oración el tiempo y los cansancios de la gestación, conscientes de que ninguna otra experiencia humana les acerca tanto a su Creador (hasta el punto de convertirles en «pro-creadores»);*
- *que los esposos, convertidos en padre y madre, entren como sujetos activos en el mundo de la misericordia divina (= «amor hacia el fruto de sus entrañas») que tendrán que saber encarnar;*
- *que un cónyuge no se apropie por su propia cuenta del hijo, ni siguiera en los detalles, ya que éste es esencialmente un «don común»;*
- *que los esposos colaboren el uno con el otro en la obra educativa, sin remisiones ni apropiaciones;*

- que la pareja reaccione ante cualquier modelo de esterilidad, tanto física como cultural, sin ratificar aquellas elecciones que exaltan determinadas formas de «soltería» o hablan de «género» (como si el ser varón o mujer fuese cosa opinable); sin cultivar ni difundir angustias generacionales; sin ceder a modelos familiares alternativos o «ampliados».

- **La mística de la filialidad** es la que tiene que nacer en correspondencia con la «mística de la paternidad-maternidad». A este respecto, cabe recordar que el ser hijos no es una estación de la vida, sino una estructura permanente del ser humano. La Revelación nos dice que toda la creación ha sido hecha «en Cristo», es decir, pensada, querida y destinada en relación al Hijo de Dios eterno y encarnado. En las generaciones humanas, lo que propiamente se transmite de padres a hijos es la conciencia y la experiencia de ser todos hijos de Dios. En la familia, los hijos son la expresión viva de aquello que son todos los miembros de la familia: hijos del único Padre celestial. Por lo tanto, «Mística de la filialidad» significa que los adultos cristianos les ofrecen a los hijos (propios y ajenos) una relación que encuentra su profundidad e interioridad en el Misterio del Bautismo común.

A **nivel pedagógico**, esta mística de la filialidad ha de convertirse en convencimiento de que:

- los hijos recibirán la verdadera educación principalmente de la dimensión cristianamente filial que haya en los padres y en los demás miembros de la familia (hermanos, parientes, amigos);
- la familia exige momentos explícitos en los que todos se expresen como hijos (por ejemplo al rezar el «Padre nuestro», en las celebraciones litúrgicas, etc.);
- los padres cristianos (y los adultos en general) tienen, dentro del límite de lo posible, que saber ofrecer su paternidad y maternidad a todos aquellos «hijos ajenos» que se encuentren en situaciones de abandono o de falta de atención (el que no intenta amar a todos aquellos que se presentan objetivamente ante él en la condición de hijos, tampoco podrá amar de verdad a sus propios hijos);
- debemos hacer experimentar a los hijos el sentido y la belleza de las palabras que se refieren a ellos más específicamente: pertenencia, obediencia, dependencia, esfuerzo de crecer, docilidad. Palabras que son necesarias toda la vida, pero que solo se aprecian y se respetan si se aprenden en el momento oportuno y de la manera oportuna: es el «momento del hijo» que saborea el amor que alberga en ellas;
- los hijos solamente pueden entender el valor de elecciones, comportamientos o prácticos determinados (sobre todo en el ámbito religioso y/o moral) si perciben la fructuosidad de los mismos ya visible en la vida de sus padres;
- una forma concreta de experiencia cristiana (como la de un Movimiento) no se puede imponer a los hijos, pero sí se les puede mostrar su belleza y encanto; frente a una negativa, los padres no solo tienen que respetar la libertad del hijo, teniendo en cuenta también los ritmos del crecimiento de éste, sino que también tienen que interrogarse sobre la calidad del encanto que son capaces de transmitir;
- a este propósito, cabe destacar que nunca es sabio hacer que los hijos perciban los dramas, fatigas y problemas relacionados con una historia de la cual aún no han entendido (o no se les ha hecho entender) la belleza.

LA MÍSTICA DE LA EDUCACIÓN es la que se realiza en esa dinámica de *generación permanente* con la que los hijos se deben poner en el mundo, también «introduciéndolos progresivamente a la realidad total». Y hablamos de mística precisamente porque la «realidad del mundo» nunca es total hasta que no se reconoce el corazón del mismo: «Éste es el designio del Padre: hacer de Cristo el corazón del mundo». Para unir el Corazón de Cristo al corazón del mundo, hay que pasar necesariamente por el *Corazón de la Iglesia* donde tiene que albergar y educarse el corazón del hombre. De hecho, la educación cristiana del ser

humano se desarrolla dentro de una especie de *spiritualis uterus* (útero espiritual, que de alguna forma contiene y forma al hombre durante todo el tiempo de su existencia) en el que tienen que latir al unísono el corazón de Dios Trinidad, el corazón de Cristo, el corazón de la Iglesia, el corazón del Mundo y el corazón de cada hombre. El método pedagógico que nos ha dejado Cristo consiste en organizar un tipo de vida en el que los siete sacramentos sean verdaderamente *paradigmas de la existencia*: paradigma de nacer, crecer, alimentarse, amar, reconstruir, santificar y morir, de tal manera que «naturaleza» y «sobrenaturaleza» se amalgamen. Ésta es la tarea de evangelización que la Iglesia ha de desempeñar en el mundo. Y es un problema tan amplio como la vida misma.

A **nivel pedagógico**, los educadores «carmelitanos» pueden hallar en su carisma algunas indicaciones específicas:

- *sobre todo en el campo de la educación, vale el principio que en todas las cosas hay que hacer percibir con gozo «cuán humano es lo divino y cuán divino lo humano»;*
- *de forma análoga, sobre todo en el ámbito educativo es esencial que el don, la tarea y la fiesta siempre se mantengan unidos entre ellos. Un don que no lleve aparejada una tarea, ablanda y vuelve presuntuoso; una tarea que no esté precedida de un don, asusta y amarga; un don y una tarea que no generan una vida gozosa, decepcionan y hartan;*
- *los padres deben asumir en primera persona la tarea de ayudar a sus hijos en la «exploración mística» de aquellos momentos privilegiados en los que Dios se acerca a ellos máximamente. Porque aunque Dios siempre está al lado de sus criaturas, hay momentos en los que su cercanía es más perceptible, tanto natural como sobrenaturalmente. Por ejemplo, el momento en que los niños se forman en el vientre materno. El momento en que nacen, a través del misterio del sufrimiento materno. El momento en que los padres piden para su hijo (con el Bautismo y con su propia oración) la paternidad de Dios y la maternidad de la Iglesia. El momento en que los hijos experimentan el primer perdón sacramental. El momento de su primera «fusión» eucarística con Cristo y el de la inundación del Espíritu Santo. El momento en que los jóvenes se disponen a la llamada vocacional. Existe al respecto una enseñanza clara en la tradición carmelitana: y es que casi todos sus Santos fundaron su experiencia en una de estas vivencias, experimentadas - con la ayuda de sus educadores - con una extraordinaria intensidad mística.*
- *A esto deberá añadirse una mística auténtica de la entrega vocacional, que significa el compromiso, derivado siempre de los sacramentos del matrimonio de los padres y del bautismo de los hijos – ¡del Misterio!, en definitiva –, de acompañar a los hijos hasta el momento en que se llega a entregarlos a la forma de vida que el Señor les tiene asignada como vocación específica. Siempre queda una sensación de algo incumplido, de algo que no se ha profundizado e interiorizado adecuadamente, cuando Dios se ve casi obligado a asignar a sus hijos vocaciones de las que los padres (sus primeros representantes terrenales) no se han ocupado lo más mínimo.*
- *En particular: los padres tienen que ayudar a sus hijos a reconocer a los «maestros» con los que se topan a lo largo de la vida (en el colegio o en otros lugares), pero tienen que exigir de los maestros que respeten la hipótesis educativa que ellos mismos han transmitido conscientemente a sus hijos.*

MÍSTICA DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL. Cuando se habla de educación, parece como si todo tuviera que resolverse exclusivamente en el ámbito de la familia de origen, de la escuela o de otras instituciones específicamente encargadas de la cuestión. Sin embargo, basta reflexionar un poco para darse cuenta que no es así. Toda la vida no es sino una «educación ininterrumpida». La elección de tener una guía espiritual nos ayuda a reconocer que en la profundidad de nuestro ser, queremos obedecer al Evangelio que nos pide que sepamos «seguir siendo niños». Ahora bien, si es cierto que los laicos deben hacerse guiar

espiritualmente, recordemos siempre que esto no significa buscar que alguien se sustituya a ellos en su capacidad de decisión o de toma de responsabilidad en los diferentes ámbitos de la vida; se trata más bien de encontrar un estímulo a su libertad y a la valorización de sus aptitudes y competencias.

A lo largo de la historia, el Carmelo siempre ha tenido una especial inclinación a ofrecer «guías espirituales» que encarnen de manera continuada y visible la paternidad de Dios y la maternidad de la Iglesia.

A nivel pedagógico:

- *no existe, para transmitir o compartir el carisma carmelitano, lugar más adecuado que ese trabajo de «dirección espiritual» que se da cuando el mismo carisma, por un lado, crea un guía espiritual, y por el otro forma a un fiel a su personalísima vocación.*
- *El carisma carmelitano exige que en todas las fases de la vida, el cristiano aprenda a caminar hacia la «última infancia», ese momento en que estará solo delante de Dios Padre y Le pedirá nacer de nuevo. Por eso tiene que esforzarse por no abandonar nunca aquella «infancia espiritual» que nos mantiene siempre «pequeños» ante Dios (¡y solo ante Él!). Viene espontáneo evocar aquí el magisterio de Santa Teresa de Lisieux.*
- *Ahora bien, hay que recordar que el carisma carmelitano no puede tender a formar «laicos dependientes» o tibios en la decisión y en el riesgo, sino que han de tener cierto atrevimiento, proporcionado a la belleza y la grandeza que se quieren cultivar en particular.*
- *La invitación a la intimidad, que aparece típica de la vivencia carmelitana, no debe jamás impulsar al intimismo, sino que debe traducirse en capacidad de inmersión en la realidad.*
- *De manera análoga, la invitación a la profundidad no debe pasar nunca por alto el espesor de la historia, sino que debe ser capaz de aprehenderla con energía.*

LA MÍSTICA DE LA EDAD. En la familia, los roles y las tareas no están fijados una vez por todas. Se van modificando con el paso del tiempo, con el crecimiento, la formación de nuevas relaciones, el envejecimiento. Existe por lo tanto una manera *mística* (repetámoslo una vez más, una manera que *se nutre del Misterio en el que cree, interiorizándolo cada vez más*) de vivir también el transcurrir de las edades. Así tiene que haber, por ejemplo:

- Una **mística de la infancia:**

La infancia es la edad en que la criatura humana se encuentra *más cerca de su origen*, más naturalmente familiar al mundo espiritual, más nativamente sensible a Dios y a Su mundo, más *confiada* y por lo tanto más disponible a la fe. Ciertamente es que la naturaleza de los pequeños también está manchada por el pecado, pero la historia demuestra que incluso les es posible alcanzar la *santidad*. Como ya recordáramos, ha habido niños para los cuales una preparación a la Primera Confesión y Comunión, realizada con especial esmero e intensidad, ha representado la experiencia mística determinante de toda su vida. Para otros, ha sido la *sacramentalidad* de sus padres respectivos. Y en otros casos, ha sido el contacto entre su inocencia y la experiencia del dolor, cuando esta vivencia es acompañada por educadores atentos y sensibles. ¿Por qué esperar a ser mayor para aprender ese «volver a ser niños» evangélico y sobrenatural, y no aprovechar ya todos los recursos de la naturaleza todavía niña? Y ¿cómo no pensar que los pequeños son los primeros destinatarios de aquellos misterios que la teología llama «misterios de la infancia de Jesús»? Cabe recordar además que el niño es naturalmente «*maestro de contemplación*» porque es capaz de asombro verdadero y gratuito. Por otro lado, la impotencia del niño – que tan a menudo experimenta – puede convertirse en una oportunidad para hacerle aprender la humildad y la entrega confiada. Hasta los caprichos ofrecen una ocasión para enseñar la belleza del arrepentimiento y del perdón. La obra de *enseñar a los niños a rezar* – que ya acometemos

con éxito dentro de nuestro Movimiento – puede revelarse decisiva.

- Una mística de la vejez:

Una cosa es envejecer *mal*, con los ojos mirando hacia atrás, hacia todo lo que se está perdiendo (a menudo con un sentimiento de rencor y de frustración), y otra cosa es envejecer *caminando hacia delante*, volviéndose otra vez niños (a la manera evangélica), es decir preparándose para entregarse definitivamente entre los brazos de Dios Padre y disponiendo *el cuerpo* al misterio de la Pasión, Muerte y Resurrección. Las familias son profundamente diferentes según si permiten o no a sus mayores llevar a cabo esta experiencia. Cuando llega el momento de hacer el balance de la existencia, muchas cosas parecen escapársenos de las manos y no depender ya ni de nosotros, ni de los que nos rodean. Pero esto ocurre cuando el problema no se afronta hasta el último momento, no cuando se espera y se prepara conscientemente. Hemos citado como ejemplos las dos edades extremas de la vida, pero también se podrían decir muchas otras cosas sobre la juventud y sobre la edad adulta: baste con observar el *grito* característico que estas dos edades dirigen al Misterio (por ejemplo, para obtener y después realizar una *vocación*), y cómo éste se desvela misericordiosamente.

LA MÍSTICA DE LAS CONDICIONES DE VIDA Y DE LOS «ENTORNOS» (trabajo – tiempo libre – compromiso cultural – compromiso sociopolítico – salud y enfermedad – amistad y relaciones sociales,...). No podemos tratar aquí todos los compromisos que el laico ha de saber asumir con responsabilidad y los valores que tiene que testimoniar y defender. Nos limitaremos a hablar de la orientación carismática (*carmelitana*) con la que debe aprender a hacerlo. Se trata de situaciones en las que profundizar e interiorizar el Misterio cristiano parecerá tanto más difícil – y humanamente imposible – cuanto más la realidad se nos presente en su dureza (como sucede, por ejemplo, en el mundo laboral) o en su fuerza distractora (bien porque nos vemos envueltos en banalidad por todas partes, bien porque nos acucian las preocupaciones, o porque el mundo nos condiciona hondamente con sus estructuras de pecado). En todas estas condiciones, los fieles laicos no deben buscar la profundización y la interiorización mística a la manera de los religiosos y de los consagrados. Lo que a éstos se les pide es, en cierta medida, salvaguardar una *distancia* (un trabajo orientado apostólicamente o en todo caso eclesialmente; abundancia de espacios y tiempos de oración y de reflexión para familiarizarse con el Misterio; desasimiento prudente y ascético del mundo y de sus mecanismos, etc.). La vía mística del fiel laico tendrá que ser otra, y consistirá en *atravesar* sistemáticamente toda la realidad en la que está llamado a vivir, utilizándola de la mejor manera (con verdadera competencia si se trata de trabajo; siempre con verdadera humanidad si se trata de otras situaciones y, en todo caso, recurriendo siempre al perdón de Dios ante cualquier experiencia de olvido y de fragilidad) hasta que la vida pueda expresar la materia de la que está hecha y la Salvación que es su destino. Se trata pues, de revestir de cotidiana verdad, volviendo a empezar siempre con indomable paciencia, a la oración que dice: «*Hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo*». De hecho, el trabajo consiste en cuidar de uno mismo y de las personas queridas (y también del mundo que Dios nos ha entregado) a través del amor por esa realidad que nos toca procesar.

A nivel pedagógico:

- *El carisma carmelitano puede educar laicos a afrontar la realidad del trabajo y toda la materia del mundo, incluso la más opaca, a partir de un amor preveniente, independientemente de cuáles sean las durezas con las que han de enfrentarse. El amor preveniente es capaz, al mirar los contextos y las relaciones necesitados de humanización, casi de entrever anticipadamente esa belleza que es siempre signo de un mundo destinado a la salvación.*

- *Para intuir cuál puede ser la aportación típicamente carmelitana, basta con llevar a sus últimas consecuencias algunas palabras a las que estamos acostumbrados. El deber de escrutar los misterios de la realidad (incluso los llamados «misterios» de la ciencia y los de las diferentes artes humanas) según la condición propia de cada uno, no es ajeno a la vocación y a la identidad de un laico que quiere mantenerse sensible al Misterio de Dios y al misterio del hombre. Es más: el laico ha de encontrar en esta orientación carismática un motivo más para hundirse en el corazón de la realidad, con la certidumbre de que ahí hallará los rastros de Dios.*
- *Adquirir y aplicar una verdadera competencia profesional es ciertamente un deber, pero también puede ser un amor.*

LA MÍSTICA DE LA MISIÓN

La Iglesia entera no tiene otro objetivo, otra razón de existir que prolongar en el tiempo y en el espacio la misión de Jesús: cualquiera que se convierte en cristiano y quiere vivir como un cristiano, está implicado en Su misión de anunciar al mundo el amor del Padre y el don de la Salvación. La Iglesia entera tiene una responsabilidad hacia el mundo, y los cristianos han de asumirla conjuntamente aunque luego cada uno tenga que responder según su propia vocación específica y según los dones personales recibidos del Espíritu. La misión de los laicos marcados por el carisma carmelitano se asemeja a la de todos los demás bautizados: es la responsabilidad de hacer que Cristo esté presente en el mundo, sobre todo en aquellos entornos en los que solo los laicos – precisamente en cuanto tales – pueden penetrar. A ellos les incumbe la responsabilidad primaria de todas las «realidades terrenales», que siempre han de ser “respetadas” y “ordenadas” en la verdad y en la caridad. Sin embargo, esta responsabilidad no debe permanecer confinada en la mente, en el corazón y en las obras del laico cristiano, sino que debe tender a involucrar también a las amistades laicales: en otras palabras, las pone en movimiento - en misión.

Sin embargo, a nivel pedagógico el carisma carmelitano:

- *recuerda constantemente a los laicos la necesidad de mantener en toda circunstancia un punto de vista de máxima elevación y máxima profundidad: el deseo de abrazarlo todo y de donarlo todo es a menudo el método más sencillo e inmediato para relacionarse con los demás.*
- *Este punto de vista, que permite abrazar con simpatía a cada ser humano, cada situación, cada acontecimiento, es el del «corazón que Dios ha hecho para sí mismo» y que late en cada pecho humano y en todo tiempo de la misma manera: un corazón que «no se contenta con menos de Dios» (Cántico 35,1), así como «las cavernas del alma no se llenan con menos de infinito» (Llama 3,18).*
- *Teológicamente y culturalmente, esta actitud debe radicar en la decisión de mantener siempre unidas dos verdades: que «Cristo es todo para nosotros» y que «Cristo es para todos». Por lo tanto: cuanto más Él es todo para nosotros, más nos abrimos a todos; y cuanto más nos abrimos a todos, más es Él todo para nosotros.*
- *Por otra parte, ya que la Misión exige siempre el esfuerzo de «salir de uno mismo» y «dejarse enviar incondicionalmente», esto es lo que sugiere el carisma carmelitano: la actitud más adecuada para obedecer a la misión no es solo apelarse a la moralidad o a la fuerza ascética de cada uno, sino también dejar que nuestro Dios-Trinidad «llene de trinitariedad», por así decirlo, también nuestra persona convirtiéndola en un ser esencialmente relacional, esencialmente don.*
- *Por último, nuestro Movimiento reconoce con alegría que desde el punto de vista carmelitano, la visión doctrinalmente más bella y segura de lo que es la Misión se encuentra en los escritos de Madeleine Delbrêl, que recibió de Dios el don de vivir en el*

mundo su vocación carmelitana originaria.

LA MÍSTICA DE LA «FRATERNIDAD CARMELITANA»

Añadimos ahora una reflexión que no quiere ser la última de la lista, sino una síntesis de todo. No pasa por alto nada de lo que hemos dicho, de la misma manera que nada puede pasar por alto el que quiere vivir en plenitud la experiencia del **Movimiento Eclesial Carmelitano**.

Queremos describir aquí la forma cumplida de la *patria carmelitana* tal como puede ser vivida y saboreada por quienes han puesto en ella su residencia y construido su morada estable, de tal manera que se teja en el mundo, lugar primario de la misión laical, un «*tejido de auténticas comunidades carmelitanas*».

Sin embargo es necesario que procedamos con orden:

- 1) Al principio hay un Movimiento – un conjunto de comunidades carmelitanas – que representa para todos nosotros el comienzo real de lo que llamamos «*patria*»: este Movimiento debemos amarlo, construirlo, y en él debemos habitar. Sin sectarismos y con toda simpatía hacia otras posibles experiencias eclesiales, decimos que el MEC es para nosotros la Iglesia que cotidianamente nos arropa, y a través de él nos injertamos en el Cuerpo de Cristo, que nos hace vivir como Sus miembros.
- 2) Un Movimiento sirve para generar y formar personas, pero a su vez está formado por personas. Por lo tanto, tenemos que afirmar con la misma fuerza que al principio de todo está *la persona moldeada por el carisma carmelitano*: necesitamos personas que trabajen con paciencia para hacer madurar en ellas esta identidad.
- 3) Las dos afirmaciones se concilian plenamente cuando la identidad carmelitana es vivida y testimoniada por *personas en comunión*, que reúnen en sí tanto esa responsabilidad, absolutamente personal e irrepetible, como la comunionalidad que nutre y forma la persona.
- 4) Ya que el *Movimiento Eclesial Carmelitano* posee un patrimonio de doctrina y de viva santidad que dura desde hace ochocientos años y que históricamente se ha venido expresando sobre todo en la forma de vida consagrada, es importante que exista una amistad entre consagrados y laicos: es decir, que además de «*personas en comunión*» haya también «*estados de vida en comunión*».
- 5) Estas *personas en comunión* y estos *estados de vida en comunión* tienen que fundar esta su comunionalidad no solo en las relaciones interpersonales que entablan, sino sobre todo en el hecho de que laicos y consagrados reconocen juntos los *consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia* como antropología originaria, es decir como el proyecto original según el cual el hombre fue creado en santidad y el proyecto final al cual todos debemos ser reconducidos por Cristo: el reconocimiento de una sola Riqueza, un solo Amor y una sola Palabra.
- 6) Desde el punto laical, el modo más común de habitar la «*patria carmelitana*» es el entorno **familiar**: la primera e insustituible *comunidad carmelitana* es *la familia*, y el primero e insustituible «*tejido de comunidades*» es el que se constituye como «*familia de familias*». Por ende, a la persona *formada carmelitanamente* debe corresponderle la *familia formada carmelitanamente*. La tensión amistosa con la comunidad familiar también es fundamental para aquellas personas que no han realizado una vocación conyugal propia.
- 7) En la familia es donde la vida del Movimiento ha de ser defendida y concretada: los familiares que se reconocen en el Movimiento (sin que ello implique mortificar ni entrar en conflicto con los miembros de la familia que optan por decisiones diferentes) tienen que aspirar, cuando sea posible, a vivir las indicaciones del Movimiento (oración, formación, experiencias, caridad, misión) no solo personal, sino también familiarmente, en verdadera y

simpática analogía con una pequeña comunidad religiosa.

- 8) No solo es oportuno, sino que también es necesario que una familia del MEC sepa darse libremente *reglas, costumbres y ritmos*, materiales y espirituales, como ocurre en toda verdadera convivencia humana que se fija objetivos. En una familia, los objetivos de amor, educación y santificación no son menos exigentes que otros objetivos.
- 9) Solamente se podrá tejer «*un tejido de comunidades carmelitanas en el mundo*» propagando el fenómeno de amistad entre familias del Movimiento. Y como la amistad puede ser de diferentes calidades e intensidades, así entre las familias del Movimiento pueden existir varios tipos de amistad. La diferencia puede estribar en el tiempo de conocimiento, la frecuencia de las relaciones, la comunidad de intereses, las inclinaciones naturales, etc. Todo esto no debe ser juzgado ni ser motivo de comparaciones. A cada uno se le da la posibilidad de elegir *ser amigo* y de *hacerse amigos*. Cada persona ha de vivir la amistad con un sentimiento de gratitud, incluso de recibir las migajas. Cada uno puede ofrecer amistad sin acumular pretensiones. También puede existir esa amistad sencilla que experimentamos y reforzamos dedicándonos simplemente a alguna obra común o viviendo momentos en común (como son por ejemplo los *grupos de Escuela de Cristianismo*). Ahora bien, es necesario que el Movimiento esté henchido por la pasión de hacer nacer y cultivar *Grandes Amistades*.

Llamamos «Grandes amistades» a aquellas que llenan la vida y están enteramente enfocadas a la amistad con Cristo, motivadas por ella y orientadas a ayudarse el uno al otro a experimentar juntos el misterio de la Comunión y la dedicación de cada uno a la Iglesia (analogía de lo que sucedía en la comunidad primitiva descrita por los *Hechos de los Apóstoles*). Estas *Grandes Amistades* no excluyen nada de lo que es auténticamente humano, sino que también se mueve cómodamente en el plano sobrenatural. Estas Amistades pueden dirigirse hacia formas de verdadera «fraternidad» dándose oportunas Reglas de vida. Por otra parte, las *Grandes Amistades* tienden, por su propia naturaleza, a dejarse impregnar de caridad: listas para cargar con el peso de los más débiles, abrirse a la hospitalidad y ofrecerse sin cálculo.